

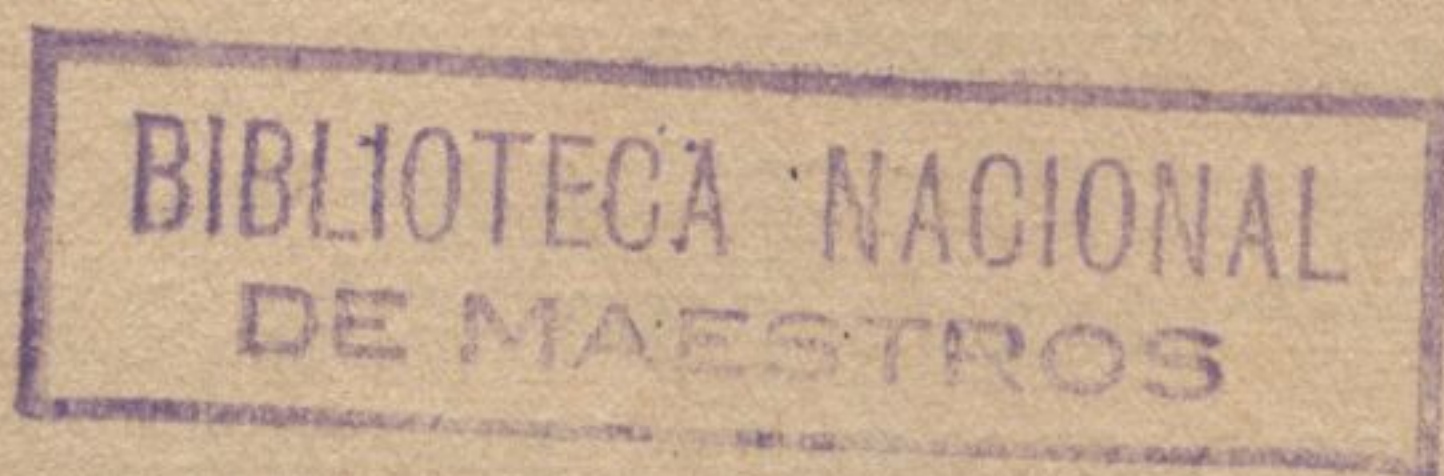
CHOLIN Y LA SOPA



COLECCION "MARUJITA" N°55

CHOLIN

Y LA SOPA



118 x 162

PRINTED IN ARGENTINA

Cholín

y la

Sopa



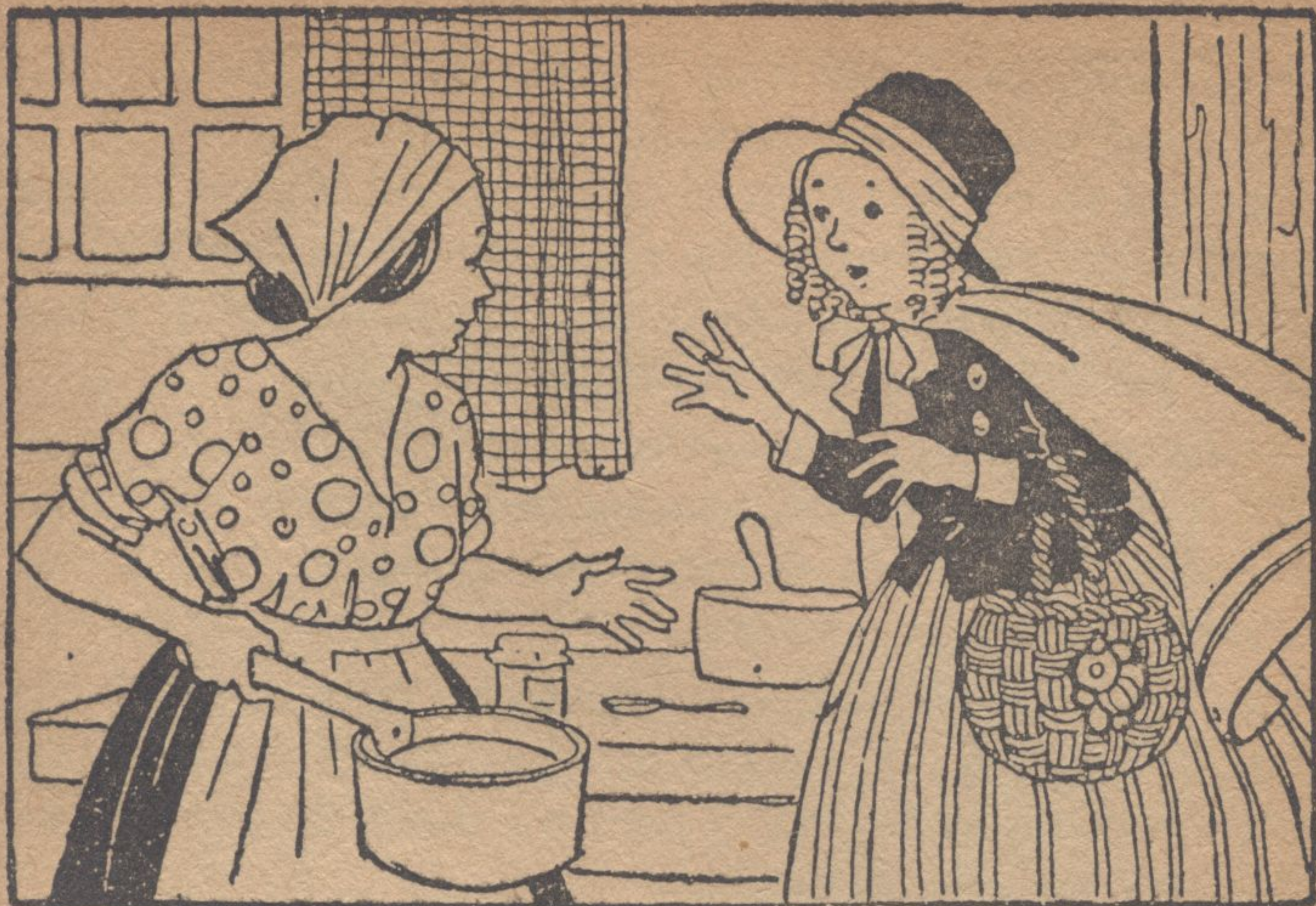
Cholín era un duendecillo que vivía en la casita del pueblo del Escaramujo, al lado de la vivienda de la tía Toposa. Ésta no sentía la menor simpatía por el duendecillo, porque era muy curioso, andaba siempre atisbando y escuchando por encima de la cerca del jardín y, además, no

cesaba de pedirle cosas prestadas.

—¡Ojalá se fuese a vivir a otra parte!—decíase con frecuencia la tía Toposa.—Es un vecino muy desagradable que, con toda seguridad, se ha enterado de cuantos secretos pueda yo tener. Siempre está curioseando.

Pero Cholín vivía muy cómodo en su casita. Ésta constaba de dos habitaciones, una cocina y un dormitorio y el duendecillo no habría tenido gran trabajo en mantenerla limpia, pero, como era muy perezoso, no se ocupaba de ello.

A la tía Toposa le molestaba mucho que su casa fuese vecina de aquella otra tan sucia. El jardín estaba lleno de basura, las rosas crecían por todas partes y los senderos parecían llenos de hierbajos. En cambio, su pro-



—¿QUÉ LE PARECE A USTED, MI QUERIDA AMIGA?
—PREGUNTÓ LA SEÑORA SALAS

pio jardín era hermoso, estaba bien cuidado y todo el año aparecía lleno de flores.

—Preferiría que fuese vecina mía una señora limpia y cuidadosa, como la señora Salas—decía, suspirando, la señora Toposa.—Me parece que ese antipático Cholín no se marchará nunca. Ya está mirando por un agujero de la valla. ¡Qué antipático!

Una mañana, la señora Salas fué a visitar a su amiga, la señora Toposa, y, al parecer, estaba muy excitada.

—¿Qué le parece a usted, querida amiga? Vengo ahora de visitar al señor Chotón, para llevarle unas rosas de mi jardín y me ha comunicado un encantamiento maravilloso.

—¿Cuál?—preguntó muy curiosa la tía Toposa.—No sabe usted cuánto me gustaría conocerlo.

Las dos se metieron en la casa y no se dieron cuenta de que Cholín estaba en pie y al lado de la puerta. Había sorprendido las palabras de la señora Salas y sus ojuelos resplandecían de curiosidad.

—¡Caramba!—pensó.—¡Un encantamiento del señor Chotón! Debe de ser muy interesante, porque ese hombre posee unos libros mágicos maravillosos. Voy a ver si averiguo en qué consiste.

Vió a las dos viejas que entraban en la casa y oyó cómo se cerraba la puerta. No tardó en percibir sus voces, procedentes de la cocina, y no tuvo duda de que se hallaban en aquella estancia.

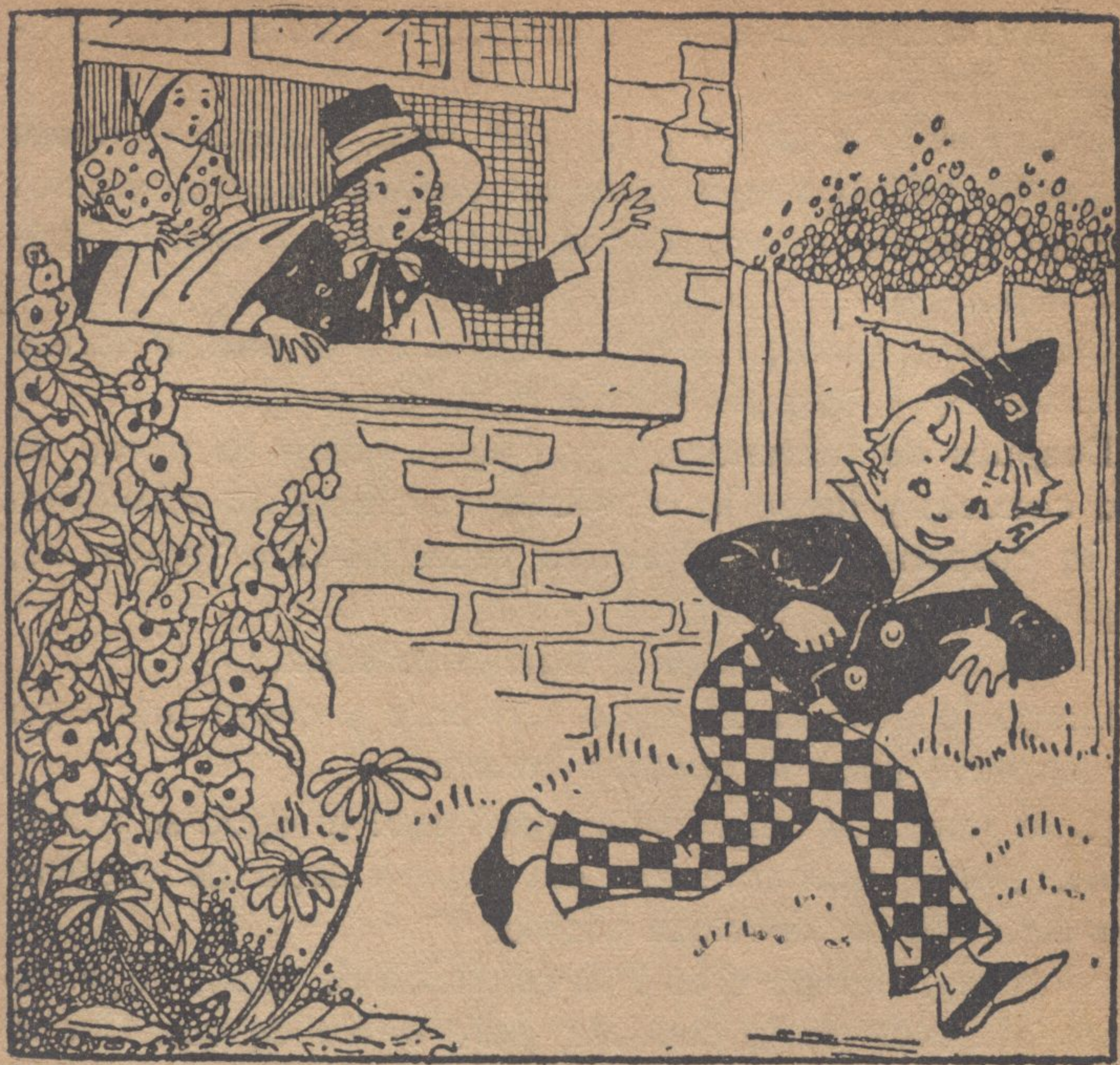
Cholín saltó la valla que dividía los dos jardines y se dirigió a la ventana de la cocina, que estaba entreabierta.

Luego se acurrucó debajo y prestó oído.

—Pues bien; esto es lo que me dijo el señor Chotón — exclamó la señora Salas. — Me dijo: "Sé que a usted le gusta mucho la sopa y que la hace con frecuencia para su marido, de modo que ahí tiene usted un encantamiento para hacerla en un abrir y cerrar de ojos."

—¿Y qué más? — preguntó, muy excitada, la tía Toposa.

—Pues me dijo: "Ponga usted en una cazuela agua suficiente para que llegue a la mitad de su cabida y luego hágala hervir. Después arroje tres veces seguidas una zanahoria al aire, diciendo cada vez: "Zanahoria, zanahoria, hazme la sopa." Luego échela al agua hirviendo. Y cualquiera que sea la sopa que desee usted hacer,



—¡VETE A TU CASA!—EXCLAMÓ LA TÍA TOPOSA

ya sea de cebollas, de guisantes, de patatas, de zanahorias o de habas... la tendrá en el acto."

—¡Dios mío!—exclamó la tía Toposa asombradísima.
—¡Qué encantamiento tan maravilloso!

—Espere un momento — añadió la señora Salas. —
Voy a decirle otra cosa..., pero, ¿no hay nadie al otro lado de la ventana? Me ha parecido oír un estornudo.

La tía Toposa se asomó a la ventana y vió a Cholín que, en efecto, acababa de estornudar.

—¡Maldito curioso! — exclamó. — ¡Vete inmediatamente a tu casa!

Cholín echó a correr y saltó la valla, aunque riéndose de gusto. Había sorprendido un encantamiento, gracias al cual aquella misma noche podría hacer una magnífica sopa.

Llegada la tarde, fué a pedir una zanahoria al conejo Pataslargas y después volvió a su casa.

Después de merendar, puso agua hasta la mitad de una cazuela y luego la hizo calentar. Sacó la zanahoria de la despensa, la arrojó tres veces al aire repitiendo, según había oído decir:

—Zanahoria, zanahoria, hazme la sopa.

Luego la echó en el agua hirviente y deseó una sopa de cebollas, pues le gustaba mucho.

¡Dios mío, qué cosa tan maravillosa! El agua se transformó inmediatamente en una espesa sopa de cebolla, que difundía un delicioso aroma.

Al mismo tiempo creció la cantidad de sopa, llegando hasta el borde de la cazuela, pero antes de que Cholín pudiese impedirlo, se derramó, yendo a parar al fuego y luego continuó saliendo de la cazuela, como si fuese un torrente. Formóse en breve un verdadero riachuelo de sopa, de modo que en pocos instantes quedó cubierto de ella el suelo de la cocina.

—¡Oh!—gritó Cholín saltando, porque la sopa le escaldaba los pies.—¡Párate, sopa!

Pero la sopa no le hizo ningún caso, sino que siguió derramándose por el borde de la cazuela y al fin invadió el dormitorio, de modo que Cholín vióse obligado a echar a correr, gritando de dolor. Vió que en el suelo estaban sus botas de goma y se apresuró a ponérselas.



CHOLÍN SE APRESURÓ A PONERSE LAS BOTAS DE GOMA

Luego se dirigió al fogón, deseoso de quitar la cazuela del fuego, pero la sopa era tan espesa, que cuando se acercó al fuego ya había crecido su nivel en el suelo y penetró por el borde superior de las botas de goma.

—¡Oh, me quema! — gritó Cholín, echando a correr hacia el jardín.

Pero la sopa lo siguió allá y, muy en breve, los senderos estuvieron llenos de ella.

Entonces Cholín empezó a derramar lágrimas y, llorando amargamente, se dirigió a casa de la tía Toposa.

—¡Aprisa, aprisa! — gritó. — ¡Venga usted a contener la sopa, tía Toposa!

La buena mujer salió y, al ver que la sopa salía ya a torrentes de la casita, comprendió lo ocurrido.

—Te está bien empleado por haber escuchado esta mañana al pie de mi ventana—dijo.—Lo tienes muy me-

recido, Cholín. Y debo advertirte que ignoro el modo de impedir lo que sucede. La señora Salas se disponía a decírmelo, cuando te oyó estornudar, y luego ya no quiso volver a hablar del asunto para que no te enterases también. Y si quieres impedir que la sopa siga saliendo de la cazuela, vale más que vayas a su casa y le preguntes el medio.

—¡No me atrevo! — replicó Cholín en tono quejumbroso. — Estoy seguro de que me daría una buena zurra.

—De eso no hay duda—contestó la tía Toposa.—Pero no tienes más remedio.

—Voy a tomar el equipaje para ir a casa de mi hermano, que vive en el extremo opuesto del País de las Hadas—exclamó Cholín, secándose los ojos.—Y no volveré aquí. Se lo aseguro. ¿Cómo podría seguir viviendo en mi casa, llena de sopa como está? Si usted se ve capaz de remediar el daño, puede quedarse con mi vivienda.

Dicho esto, Cholín se dirigió a una ventana de su casa, metió la mano por ella, cogió la maleta y salió corriendo, para tomar el autobús de las seis de la tarde. Aquella fué la última vez que lo vió la tía Toposa.

Luego la buena mujer envió un recado a la señora Salas, rogándole que acudiese inmediatamente. ¡Cómo se rió esta última al enterarse de lo ocurrido!

—Lo tiene muy merecido por curioso—exclamó.—Y no tenga usted cuidado, mi querida amiga, porque ya no volverá a molestarla.

—Aún sigue saliendo la sopa de la cazuela—observó la tía Toposa.—¿Cómo la contendrá usted?

—Precisamente me disponía a explicarle el modo,

cuando estornudó ese maldito curioso — replicó la señora Salas. — Mire.

Palmoteó siete veces y luego exclamó en voz alta:

—¡Bastante, zanahoria! ¡Ven a mí!

En el acto la zanahoria abandonó la cazuela de un salto y se dirigió a la mano de la señora Salas. La sopa cesó de correr en el mismo instante. Pocos después, y de un modo mágico, se secó toda la que ocupaba el suelo de la casa y el jardín. Y en la cazuela quedó la cantidad necesaria para llegar a la mitad de su capacidad.

—Ya ve usted cuán sencillo es—dijo la señora Salas.

—Pero, naturalmente, Cholín lo ignoraba.

—Bueno. Espero que no volverá nunca más—observó, complacida, la tía Toposa.—Y también me dijo que si yo quería, podía quedarme con su casa. ¿Por qué no viene usted a vivir en ella, señora Salas? Acuérdesse que, según me ha dicho muchas veces, su casa es muy fría.

—Bueno, vendré—contestó la señora Salas.

Y, en efecto, al día siguiente hizo la mudanza. Quemó todos los muebles sucios de Cholín, arrancó las cortinas, que utilizó como bayetas, y la tía Toposa quedó muy complacida al ver que en las ventanas aparecían unas bonitas cortinas azules. Y también, muy satisfecha, oyó cantar a su nueva vecina.

Poco tardó el jardín en aparecer bien cuidado. Las dos vecinas corrían en la mejor armonía y por las noches solían reunirse para comer una buena sopa, hecha de acuerdo con el encantamiento del señor Chotón. Y cuantas veces se acuerdan de Cholín y de su aventura, no pueden contener sus carcajadas.

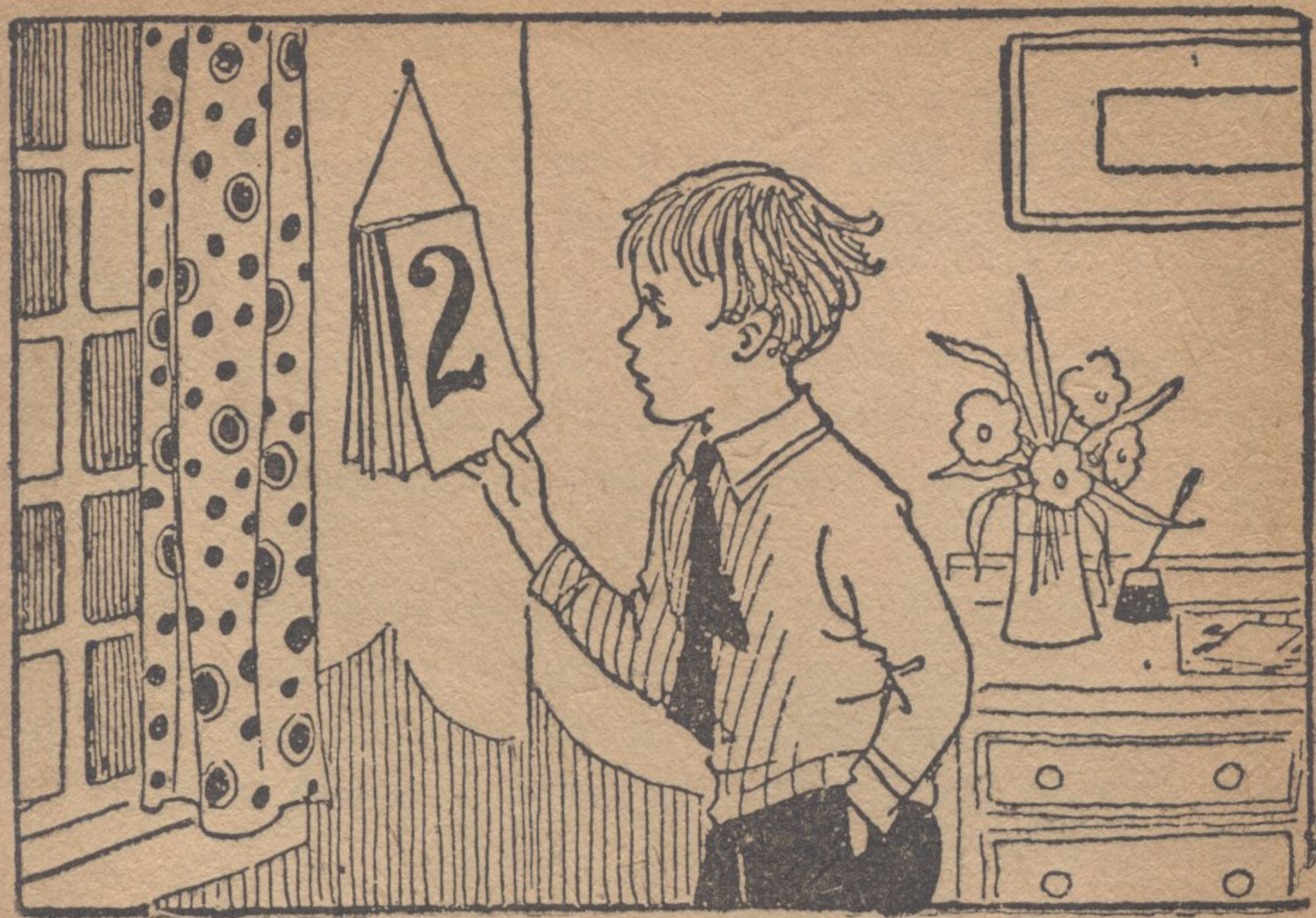
EL CUMPLEAÑOS OLVIDADO

Jaime vivía con su tía Susana y con el tío Juan. Sus padres estaban ausentes y aún tardarían tres semanas en regresar. A Jaime le agradaba mucho vivir en casa de sus tíos, que poseían una hermosa granja, con toda clase de animales. Siempre había allí algo que hacer o que ver, de modo que el niño se consideraba muy feliz.

Pero le preocupaba una cosa... el día de su cumpleaños. Era el tres de septiembre y su mamá tenía la costumbre, en tal ocasión, de hacerle pasar un buen día. Solía comprarle un magnífico pastel, luego le regalaba muchos juguetes y además le permitía elegir una diversión. A veces Jaime prefería ir a la colección zoológica, otras merendar a su gusto, o bien ir a visitar algún amigo.

Y le preocupaba mucho la posibilidad de que a su tía Susana se le pasara por alto el día de su cumpleaños. Sabía que en el armario del piso superior había dos grandes paquetes, que sus papás le confiaron para ser abiertos el día de su cumpleaños. Pero la tía Susana tenía la llave del armario y Jaime se dijo que si la buena señora no se acordaba de su cumpleaños, él no podría pedirle la entrega de aquellos dos paquetes.

—Mamá — pensó el niño — dice que no está bien hablar del propio cumpleaños. Y yo le prometí que no se lo recordaría a la tía Susana. Pero el cumpleaños no llega más que una vez por año y me sabría muy mal perder el que ya está cercano.



JAIME VIÓ QUE EL DÍA SIGUIENTE ERA EL DE SU CUMPLEAÑOS

Uno de los deberes del niño consistía en arrancar todos los días la hoja del calendario, colgado de la pared, en el despacho de su tío. Día por día se acercaba el de su cumpleaños y su tía no hablaba de ello. Y llegó un día en que, al arrancar la hoja del calendario, vió que su cumpleaños sería al día siguiente.

—No sé si la tía Susana se acordará — pensó. — Me gustaría mucho recibir los regalos de mis papás, pero no sé cómo pedirlos, porque si lo hago, mi tía se figurará que quiero recordarle mi cumpleaños. En fin, si no se acuerda habré de resignarme.

Al día siguiente el calendario indicaba que era el tres de septiembre, o sea el cumpleaños del niño. Éste

miró tristemente la hoja del calendario, al arrancar la correspondiente al día dos. Nadie le había felicitado, no recibió ninguna tarjeta y tampoco regalos. Ni siquiera le habían escrito sus papás, para desearle un buen día.

—Todo el mundo me ha olvidado — pensó. — La cocinera de mi casa, que siempre me hacía un buen pastel, tampoco se acuerda. ¡Qué cumpleaños tan desagradable!

Cuando el cartero volvió hacia el mediodía, Jaime acudió a su encuentro, esperando que llevaría alguna tarjeta de felicitación de su madre. Pero no había más que tres cartas para el tío Juan. Aquello era desagradable a más no poder.

—Tal vez a la hora de merendar me darán un buen pastel—pensó el niño.

Pero no fué así, porque a la hora de la merienda le dieron lo mismo de todos los días, es decir, pan y manteca.

—¡Dios mío, qué cumpleaños tan horrible! — pensó el niño. — ¡Ojalá estuviese en casa con mamá y con papá! ¡Cuánto me gustaría tener sus regalos, que están guardados en el armario de arriba! Con toda seguridad antes de acostarme habré de resolverme a pedirlos. Pediré permiso para acostarme media hora más tarde, por ser mi cumpleaños, y luego abriré los dos paquetes.

Pero, ¡qué sorpresa tan desagradable tuvo Jaime! A las seis de la tarde, es decir, media hora antes de la en que solía acostarse, su tía Susana se presentó en el cuarto en que estaba jugando y le dijo:

—Deseo que hoy te acuestes media hora antes, por-



JAIME FUÉ AL ENCUENTRO DEL CARTERO

que mañana es un día especial y quiero que te levantes temprano.

Aquello era horrible. Sí, un día muy especial. Quizá el tío Juan iría a vender sus cerdos al mercado o la tía Susana se dedicaría a amasar el pan. Y a eso lo llamaba un día especial, a pesar de que había sido su cumpleaños y nadie se tomó la molestia de felicitarle.

¡Pobre Jaime! Estaba a punto de echarse a llorar, pero como ya era mayorcito, le dió vergüenza que su tía

advirtiese su tristeza. Por esta razón se apresuró a darle un beso y subió corriendo la escalera para ir a su dormitorio.

Una vez en la cama, cuando aún el sol atravesaba la ventana de su cuarto, no pudo contener las lágrimas. Su cumpleaños había sido un día horrible. De pronto, y antes de que pudiese contener el llanto, se abrió la puerta y entró su tía.

—¡Cómo! ¿Ya estás acostado? — preguntó. — Eres un niño muy bueno, Jaime. Pero, ¿qué te pasa? ¿Estás llorando? ¿Qué tienes?

—Nada—contestó el niño.

—¡Oh, sí, tienes un disgusto! — dijo su tía, sentándose en el borde de la cama.—Dímelo, porque si no, me pondré muy triste.

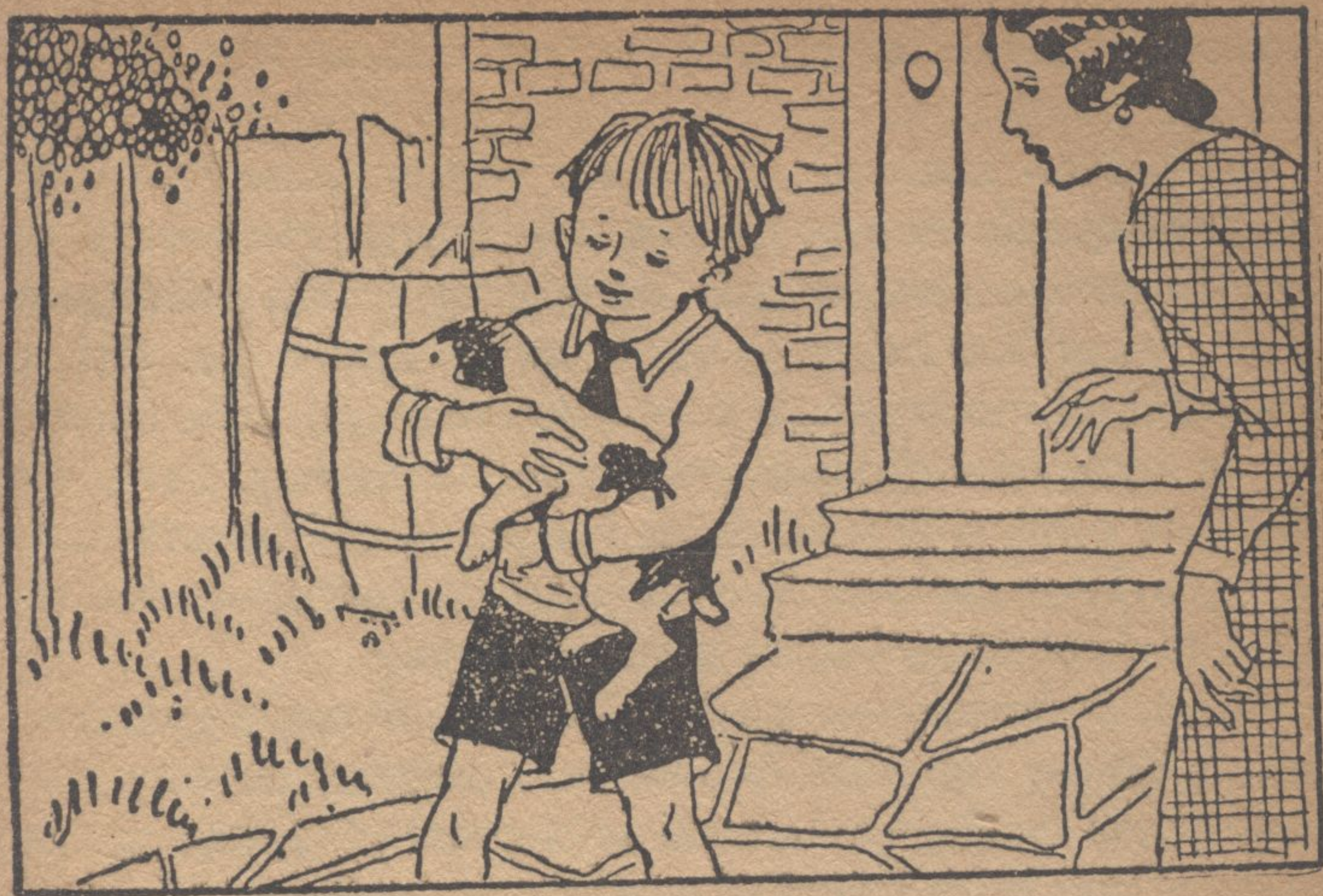
—Es a causa de mi cumpleaños — contestó al fin el niño. — Nadie se ha acordado de él, y eso me ha dado mucha tristeza. Y no me he atrevido a pedirte los regalos de papá y mamá, que están guardados en el armario.

—¿Qué dices, Jaime? — exclamó su tía asombrada. — ¡Pero si no ha llegado todavía el día de tu cumpleaños!

—Sí, era hoy — contestó Jaime. — El tres de septiembre, tía Susana. Quizá tú no lo sabías.

—Sí que lo sé — contestó su tía. — Pero hoy es el día **dos** de septiembre, Jaime. Tu cumpleaños es mañana. ¿No te acuerdas de que, antes de acostarte, te dije que el día de mañana es un día muy especial? ¿No comprendes, tonto, que me refería a tu cumpleaños?

—Pero, tía, en el calendario del despacho, cuyas ho-



EL TÍO JUAN LE REGALÓ UN PERRITO BLANCO Y NEGRO

jas he arrancado todos los días, resulta que hoy es el día tres.

—Pues ven—le contestó su tía.

Jaime saltó de la cama, y acompañó a su tía al despacho, donde estaba el calendario.

Allí se encontraba el tío Jaime, que se quedó muy sorprendido al verlos.

—¡Hola! — exclamó. — ¿Qué pasa? Me figuraba que Jaime se había acostado ya.

—Así era — contestó tía Susana. — Pero el pobrecito Jaime se figuraba que hoy era su cumpleaños y no mañana. Al parecer, así se lo ha figurado, a causa de ese calendario.

Efectivamente, el calendario indicaba el tres de septiembre.

—¡Ah! — exclamó, riéndose, el tío Juan. — Precisamente quería hablar de eso con Jaime. Hace cosa de una semana no me acordé de que él estaba encargado de arrancar las hojas y quité la de aquel día. Así lo adelanté, de modo que, a partir de entonces, indica siempre la fecha del día siguiente y no la de hoy. Pero, me olvidé de advertirle y él, desde luego, no estaba enterado.

—¡Oh! — exclamó el niño muy contento. — Así resulta que mi cumpleaños será mañana.

—Naturalmente — contestó su tía, dándole un abrazo. — Yo me figuraba que no te acordabas de ello, porque no me habías dicho una sola palabra, y supuse que tendrías una gran sorpresa cuando, al despertar mañana, te dijésemos que era tu cumpleaños.

Jaime empezó a bailar de alegría y después de unos momentos de excitación, su tía le indicó la conveniencia de volver a la cama.

¡Qué magnífico día de su cumpleaños tuvo Jaime! El cartero le llevó quince tarjetas postales y siete paquetes. Los regalos de sus papás estaban sobre la mesa y también la tía Susana le entregó un paquete.

—Mi regalo está en el patio—le dijo el tío Juan. — Porque tu tía no me ha permitido que lo metiese en casa, a la hora del desayuno.

Jaime salió corriendo para ver qué era. Estoy seguro de que no lo adivinaríais. Era un perrito blanco y negro. Jaime se quedó entusiasmado, porque era, precisamente, lo que más había deseado.

En el paquete de su mamá había un magnífico castillo y en el de su papá un aeroplano de juguete. Su tía

le regaló una colección de herramientas de jardinería y además tuvo libros, bombones, varios juegos y una locomotora de cuerda.

—Bueno. Ahora dime qué diversión prefieres para esta tarde—exclamó el tío Juan después del desayuno.

—Quisiera acompañarte al mercado, tío — contestó el niño que, desde mucho tiempo atrás, lo deseaba.

—Pues, vámonos — contestó el tío. — Es preciso que no nos entretengamos.

—Volved a la hora de merendar — les recomendó la tía cuando salían. — Hay un pastel de cumpleaños.

¡Qué día tan feliz! Jaime vió numerosos cerdos, vacas, caballos, gallinas y patos. Además le gustó muchísimo subir al carricoche de su tío y regresar a casa, donde ya le aguardaba un magnífico pastel.

En la parte superior del dulce veíase el nombre de Jaime y además la palabra "Felicidades". También le dieron mermelada, miel, bollos de chocolate y crema. En una palabra, fué una merienda magnífica.

Jaime se divirtió tanto, que cuando, a las siete, fué a acostarse, no podía cerrar los ojos, de tan feliz como se sentía. Su tía Susana fué a arroparle y le dió un beso, deseándole que pasara muy buena noche.

—Ha sido el cumpleaños más feliz de mi vida—dijo Jaime.—¡Qué tonto fuí al figurarme que nadie se acordaba de él!

Y se durmió soñando que se iba al mercado al vuelo, en su aeroplano de juguete.

DOS REALES DE SORBETE

El gnomo Astuto recorría el camino que conduce a nuestra tierra. Lo precedía el señor Arrugas, el brujo, y Astuto procuraba andar a cierta distancia de él, porque le tenía algún miedo.

De pronto algo cayó rodando del traje del señor Arrugas, y fué a parar a la hierba que había a un lado del sendero. Cuando Astuto llegó allá, se inclinó y se apresuró a meterse en el bolsillo aquel diminuto objeto. Era una brillante monedita de dos reales.

El señor Arrugas ignoraba haber perdido aquel dinero, de modo que siguió andando sin la menor preocupación. Astuto sabía muy bien que su deber habría sido acercarse al señor Arrugas y entregarle la moneda de plata, pero él era muy avaro y prefirió quedársela. Merecía, desde luego, una buena azotaina por su falta de honradez, mas el señor Arrugas no sospechaba siquiera lo ocurrido.

Astuto llegó a nuestra tierra y lo primero que vió fué un vendedor de sorbetes. Él ignoraba qué era aquello, mas al ver que unos cuantos niños rodeaban el carro y tomaban, muy satisfechos, un sorbete, les preguntó qué sabor tenía.

Uno de los niños le ofreció dejárselo probar y el gnomo se quedó encantado de su agradabilísimo sabor.



LA CAJA DE SORBETE FUÉ A DAR EN LA CABEZA
DEL SEÑOR ARRUGAS

—¿Cuánto cuestan?—preguntó.—¿Dos reales?

—No, estos sólo cuestan diez céntimos — contestó el niño. — Por dos reales te darán mucho más en una caja de cartón, que te podrás llevar a casa.

Astuto compró, pues, aquella cantidad, que el vendedor le puso en una caja.

—Lo llevaré a casa para merendar—pensó.—Y me lo tomaré todo, sin invitar a nadie.

Echó a correr llevando la caja. El día era muy caluroso, de modo que el gnomo llegó sudando a su domicilio. Pero, como se comprende, el sorbete se había deshecho a causa del calor del sol, convirtiéndose en un líquido amarillento, que se escapaba, gota a gota, por las esquinas de la caja. Al principio Astuto no se fijó en eso, mas al verlo se quedó asombradísimo.

Abrió la caja por un extremo y miró al interior. Ignoraba que el hielo se derrite en cuanto se calienta. Y vió que dentro de la caja no había más que un líquido tibio.

—¿Dónde está mi sorbete? — se preguntó disgustado. —Con toda seguridad aquel hombre maldito me ha estafado. No puedo tomar ese líquido desagradable. Mejor será tirarlo.

Y, en efecto, arrojó la caja al aire, con tan mala fortuna, que fué a parar a la cabeza del señor Arrugas, que, en aquel momento, volvía la esquina de la calle. Y su cara quedó cubierta de crema amarilla.

—¡Oh! — exclamó el asustado gnomo. — ¿Eres tú? ¿Por qué haces eso? Mereces una buena zurra.

Dicho esto, agarró a Astuto y le dió unos buenos azotes, que tenía muy merecidos. El señor Arrugas tenía una mano muy pesada, de modo que el gnomo se alejó gritando de dolor.

—¡Nunca más volveré a robar cosa alguna!—murmuraba sollozando.—¡Nunca más!

Y, verdaderamente, no reincidió nunca más.

EL FANTOCHE Y LA CHOCOLATERA

Precisamente cuando el reloj daba las doce de la noche, recobraron la vida los juguetes del armario. Despe- rezáronse, bostezaron y se miraron mutuamente.

—Bueno — exclamó el marinero. — Ha llegado la hora de jugar. ¿Qué haremos esta noche?

Los juguetes eran propiedad de una niña, llamada Rosamaría. La querían mucho, porque era bondadosa para ellos y les correspondía con el mayor afecto.

—Mirad — dijo Josefina, que era la muñeca mayor, — podríamos organizar la merienda.

—Yo tengo que enseñaros una cosa — exclamó a su vez el fantoche. — Ved lo que me ha dado Rosa- maría.

—¿Qué es? — preguntaron los demás rodeándolo.

—Este hermoso broche — contestó el fantoche, mos- trando a sus compañeros el que le sujetaba la chaqueta. Tenía cuatro piedras azules y era muy lindo.—Eso de- muestra que Rosamaría me quiere mucho. Fijaos en que me ha hecho este regalo a mí solo.

—¡Bah! — exclamó el osito, muy celoso. — No es más que un broche sin valor. Ha estado muchísimo tiem- po en la caja del dominó.

—Pues es un broche muy bonito — replicó el fan- toche. — Y os aseguro que soy el favorito de Rosamaría. Me quiere más a mí que a nadie.

—No seas tan vanidoso — le dijo Josefina. — Sabes muy bien que se te ha caído un botón de la chaqueta y que Rosamaría no pudo encontrar otro para reemplazarlo. Por esta razón te ha puesto el broche y no porque te quiera más que a nadie.

El fantoche estaba convencido de la verdad de estas palabras y se sonrojó. Era muy presuntuoso y los demás juguetes estaban ya hartos de él.

—Bueno, vamos a preparar la merienda — dijo el osito. — Vosotros sacad las tazas y los platos, y yo me encargaré de hacer el chocolate en la casa de las muñecas. En el armario hay algunos bizcochos. Tú, marinero, cuida de sacarlos.

En breve estuvo servida la mesa, e incluso adornada de flores.

—¿Está todo preparado?—preguntó el fantoche, acercándose a la mesa.

—Sí, pero nadie te ha invitado — le contestó Josefina, la muñeca. — Eres demasiado vanidoso, fantoche, y resultas muy desagradable. No te queremos con nosotros.

—¿Ah, sí? — exclamó irritado el fantoche. — Pues yo tampoco quiero saber nada de vosotros. Y voy a jugar solo a la pelota.

—No debes hacer eso, mientras nosotros merendamos — observó el osito. — Podrías romper algo.

Pero el fantoche no le hizo ningún caso, sino que fué en busca de la pelota y empezó a arrojarla de un lado a otro. Y, naturalmente, de pronto fué a parar en plena mesa y volcó la hermosa chocolatera de loza amarilla, que se rompió en tres pedazos.

Los juguetes se quedaron horrorizados y el mismo



—¿QUÉ TE HA DADO?—LE PREGUNTARON
LOS JUGUETES

fantoche palideció. ¿Qué diría Rosamaría en cuanto lo viese? Tendría un gran disgusto.

—¿Qué haremos? — preguntó Josefina, tomando los tres pedazos de loza.

El fantoche estalló en sollozos, y como no tenía pañuelo, sus lágrimas acabaron por formar un charquito en el suelo.

—¿Qué pasa? — preguntó de pronto una vocecita. Era Remín, el duendecillo, que se acercaba al cuarto de los juguetes. — ¿Qué sucede?

—¡Oh, mira! — replicó el fantoche, señalando la chocolatera. — He roto la hermosa chocolatera de Rosamaría, que a ella tanto le gustaba.

—No tiene importancia — le contestó el duendecillo. — La arreglaré en un periquete con mi cola mágica. Pero, ¿qué me darás en cambio?

—No tengo nada que darte — le contestó el fantoche.

—Sí, dale tu broche — le aconsejaron varios juguetes.

—¡No puedo! — contestó el fantoche, echándose a llorar de nuevo.

—Si me lo das, arreglaré la chocolatera — dijo el duendecillo, que se encaprichó por aquel broche.

El fantoche acabó por prometérselo y el duendecillo salió en busca de su cola mágica. Regresó muy pocos minutos después y empezó a trabajar. Con sus hábiles dedos encoló muy bien todas las piezas y las puso en su sitio. En breve la chocolatera quedó arreglada y como nueva, de modo que nadie habría podido sospechar siquiera que se hubiese roto. Era, realmente, una cola mágica.



EN BREVE QUEDÓ ARREGLADA LA CHOCOLATERA

—Bueno, ya está — dijo el duendecillo. — ¿Dónde está ese broche, fantoche?

Éste se quitó el precioso broche y, tristemente, se lo dió al duendecillo, que, muy alegre, lo sujetó en su chaqueta.

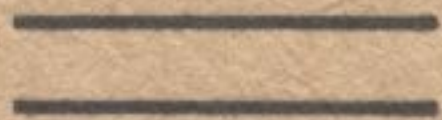
—Adiós — dijo luego. — Y no vuelvas a jugar a la pelota, fantoche.

El desdichado no pronunció una sola palabra, sino que se metió, muy triste, en el armario de los juguetes. Nadie le dijo nada, aunque el osito le estrechó la mano para consolarlo un poco.

A la mañana siguiente, Rosamaría sacó su servicio de chocolate y no se dió cuenta de que se hubiese roto la chocolatera. En cambio, notó que el fantoche no tenía su broche.

—¡Caramba! — exclamó volviéndose al muñeco. — ¿Has perdido el hermoso broche que te dí? ¿Qué has hecho de él?

Pero el fantoche no se lo dijo. Limitóse a mirarla con los botones que le servían de ojos, y deseoso de que la niña le regalase otro broche. Pero su deseo no se vió cumplido.



UNA FIESTA ENTRE LOS JUGUETES

Fuera de la habitación de los niños, bajo unos lilas, vivían Twink y Topple, dos geniecillos. Hacían pastelillos a la menta, tan sabrosos, que todos los gnomos y geniecillos de varias millas a la redonda acudían a comprarlos. Ganaban, pues, mucho dinero y decidieron dar una fiesta.

—Invitaremos a los juguetes de la habitación de arriba — dijo Twink y, en efecto, una invitación fué enviada a todos los juguetes: al oso moreno, al fantoche de rostro negro, al pato verde, a la muñeca vestida de marinero, a su compañera de cabellos dorados y a doce soldados de madera. ¡Qué contentos se pusieron todos!

—Llevaré mi mejor cinta color de rosa—dijo el oso.

—Yo me pondré una margarita en el ojal — replicó el fantoche.

—Vamos a limpiar nuestros cascos — dijeron los soldados de madera.

Todos los juguetes hicieron tal como decían, y cuando faltaba poco para bajar por la ventana con el fin de ir a la fiesta, se miraron unos a otros para cerciorarse de que estaban limpios y bien arreglados.

Entonces hicieron un descubrimiento terrible. ¡El oso de felpa había perdido uno de sus ojos de vidrio marrón!

—¡Oh, Teddy, estás horroroso! — dijo el fantoche. — ¡Has perdido uno de tus ojos de vidrio! ¡No puedes ir a una fiesta con un solo ojo!

—Ya me sentía yo algo extraño — contestó el oso, muy abatido. — No veía como siempre. ¿Qué voy a hacer?

—Queda media hora antes que nos pongamos en camino—dijo la muñeca vestida de marinero. — Vamos a buscar tu ojo y sin duda lo encontraremos.

Empezaron todos a buscar el dichoso ojo. Miraron en el interior de la casa de juguete y preguntaron a las gallinas si lo habían visto, pero no estaba allí. Levantaron las puntas de la alfombra por si hubiera rodado debajo, pero no lo encontraron en ninguna parte.

El pobre oso se sentó y lloró amargas lágrimas con el único ojo que le quedaba.

—No puedo ir a una fiesta con un solo ojo — sollozaba. — ¿Qué haré? ¡Tenía tantas ganas de ir y comer algunos de esos pasteles a la menta que son tan ricos!

—No llores, querido oso — dijo la bondadosa muñequita de dorados cabellos, rodeando con el brazo al lloroso Teddy. — Buscaremos otra cosa que te sirva de ojo.

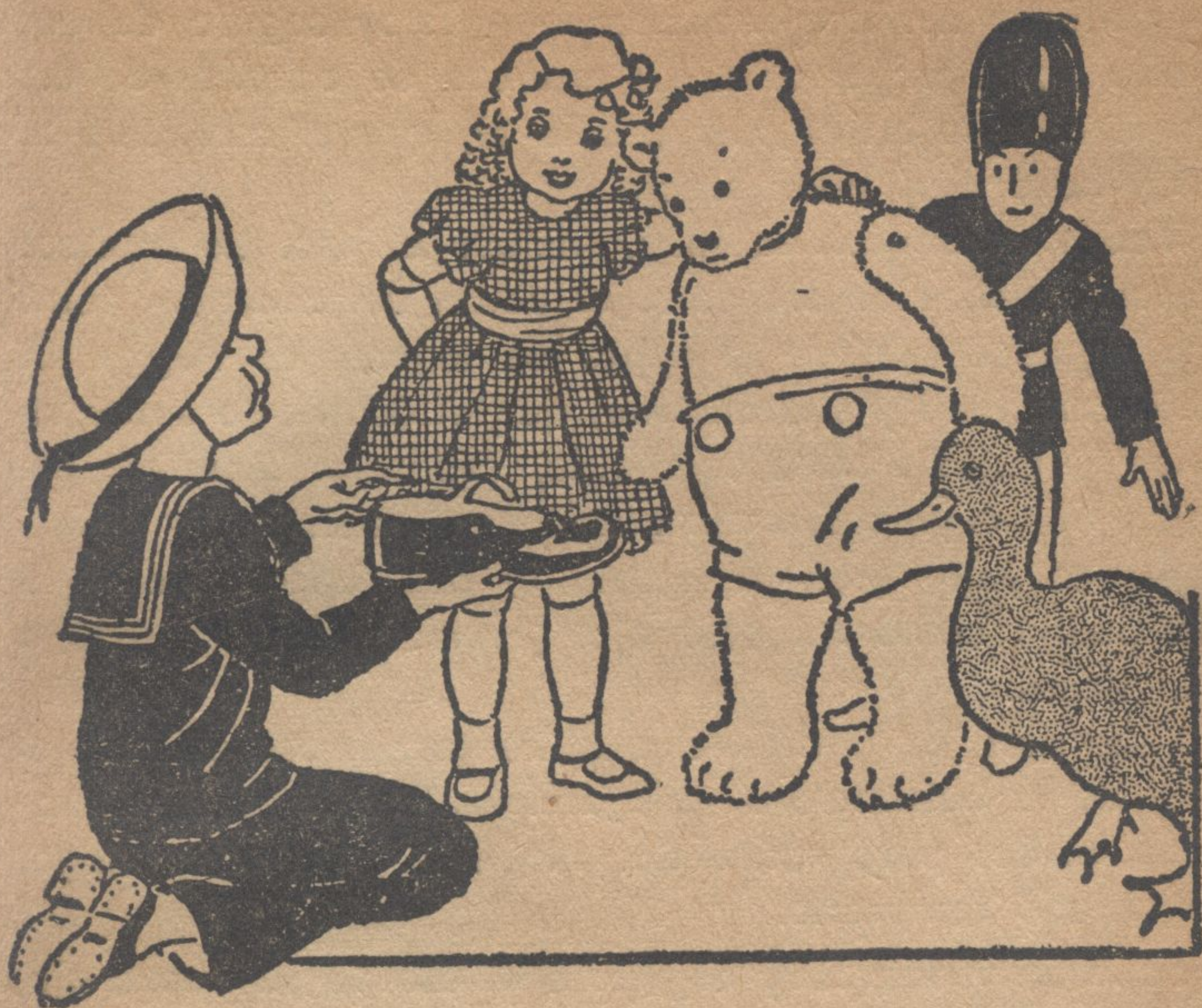
—¿De veras? — preguntó el oso, animándose. — ¿Qué será?

Los juguetes buscaron por la estancia. Encontraron un alfiler de cabeza de vidrio y lo trajeron al oso, pero éste lo rehusó.

—No — dijo. — Me pincharía y me haría daño. No sirve.

Un soldado de madera encontró un dedal de plata, pero tampoco aceptó el oso.

—No podría ver con un dedal por ojo — dijo. — Estoy seguro de que no vería.



—TOMEMOS ESTE BOTÓN MARRÓN, DEL ZAPATO DE PEGGY — GRITÓ LA MUÑECA-MARINERO

Entonces el fantoche trajo una cuenta de un collar, pero era demasiado pequeña. El oso dijo que le daría un aspecto ridículo. La hora de ponerse en marcha se acercaba y los juguetes empezaban a sentirse preocupados.

De pronto, la muñeca vestida de marinero lanzó un grito de alegría. Los juguetes la rodearon y señaló con el dedo un zapatito de color marrón, que era de Peggy, la niña a quien pertenecían todos.

—¡Tomemos este botón marrón del zapato de Peggy!

— gritó la muñeca-marinero. — Estoy segura de que a ella no le importaría. La muñeca de cabellos de oro puede coserlo en el mismo sitio en que el oso tenía su ojo y hará muy buen efecto.

Todos aprobaron la idea, incluso el oso. La muñeca de los cabellos de oro cortó el botón del zapato y tomó una aguja e hilo de la cajita de labores de Peggy. Lo cosió tan hábil y suavemente, que el oso no lo sintió siquiera y cuando hubo concluído, Teddy tenía un ojo bonito y nuevo y estaba tan guapo como siempre.

—Veo muy bien—exclamó el oso, encantado.—¡Es tan bueno como mi otro ojo. ¡Hurra! Ahora puedo ir a la fiesta.

—Es hora de partir—dijo el fantoche, consultando el reloj de la habitación.—Llegaremos dos minutos demasiado tarde, pero tanto da. No está bien visto llegar demasiado temprano.

Salieron todos, muy orgulloso el oso de su nuevo ojo. A decir verdad, resultaba gracioso con un ojo de vidrio y otro hecho de un botón de zapato, pero nadie pareció fijarse en ello y la cosa carecía de importancia.

La fiesta fué preciosa. Todos los pasteles estaban perfumados a la menta, pero como eran verdaderamente deliciosos, nadie se cansó de ellos. Bebieron limonada, jugaron muchísimo y una vez el fantoche gritó tan fuerte, que despertó a Spot, el perro que dormía en su casita de madera a pocos pasos y que empezó a ladrar.

El oso tuvo que correr a decirle que no pasaba nada. Spot gruñó y volvió a acostarse antes de haber despertado a los habitantes de la casa.

La fiesta terminó. A cada invitado se le dió un pa-



LO COGIÓ EN BRAZOS Y LO EXAMINÓ
ATENTAMENTE

quetito de bombones a la menta para que se lo llevara, y los juguetes subieron, felices, a su habitación. Todos olían fuertemente a menta. Se durmieron en el acto y el oso de felpa estaba tan cansado, que roncó suavemente.

Por la mañana, Peggy buscó sus zapatos.
—¡Oh, qué fastidio!—exclamó.—¡Falta un botón!

—Búscalos, pues—dijo su aya.—Estaba en el zapato anoche, lo recuerdo. No puede haber ido a parar lejos.

La niña no encontraba el botón en ninguna parte, hasta que se fijó en el oso que la miraba con un ojo de vidrio. . . y otro hecho con un botón de color marrón. Lo cogió en brazos y lo examinó con atención. Sí, tenía el botón de su zapato a guisa de ojo. ¡Qué cosa tan extraña!

El oso la miraba con tal súplica en los ojos, que Peggy comprendió que le pedía algo.

—Muy bien, querido osito—murmuró.—No tomaré mi botón. Guárdalo por ojo. . . , ¡pero me gustaría saber quién te lo ha cosido y dónde has estado, porque hueles terriblemente a menta!

El oso se alegró mucho de conservar su ojo. Se puso la mano en el bolsillo cuando Peggy no le miraba y sacó su precioso cucurucho de bombones perfumados a la menta. Lo dejó en la silla de Peggy y allí lo encontró la niña al ir a sentarse.

Miró al oso y éste le guiñó su ojo hecho con un botón de zapato.

—¡Gracias, osito!—murmuró Peggy.—¡Puedes estar seguro de que no traicionaré tu secreto!

Y la niña tuvo palabra.

